

DISCURSO DE JULIO MARÍA OJEA QUINTANA EN LA COLACIÓN DE  
GRADOS DE LOS EGRESADOS DE LA ESCUELA DE  
CIENCIAS POLÍTICAS, OCTUBRE 2004

**Queridos egresados:**

Quiero agradecer ante todo a las autoridades del Instituto la invitación que me han hecho para decir estas palabras, pues ello constituye para mí un premio y una enorme satisfacción. Es que ha llegado el momento de la cosecha. Para ustedes, por cierto; pero también para quienes fuimos sus profesores, y juntos sembramos durante los años que demandó la carrera que han concluido.

Por la importancia de los frutos esperados, las culturas rurales siempre encontraron motivos de alegría en las cosechas y e hicieron de ellas verdaderas fiestas, como los judíos en los tiempos bíblicos con la fiesta de las tiendas. Por ello, también nosotros tenemos hoy esta fiesta, que es una auténtica celebración. Se celebran acontecimientos trascendentes, cargados de realidad y de sentido, y lo que hoy celebramos posee esa trascendencia. Celebramos, ni más ni menos, lo mucho que ustedes han hecho y lo mucho -mucho más- que están llamados a hacer como licenciados en ciencia política, sea con orientación en procesos políticos, sea con especialización en relaciones internacionales.

Al volver la vista atrás podemos ver el fecundo camino recorrido, con sus dificultades y penas pero también con los logros y alegrías que valieron esas penas, durante los cuales recibieron apoyo de sus padres, familiares y amigos y específicamente de esta Escuela, y también han dado lo mejor de ustedes mismos. Verónica Souto acaba de evocar estos años

en forma viva, lúcida y cordial. Es mucho, pues, lo que han hecho. Sin embargo, es más -mucho más- lo que les queda por hacer.

En parte ello dependerá de los caminos que elijan y que se les irán abriendo en el campo profesional, cada uno con sus requerimientos específicos. Pero cualesquiera sean esos caminos, en todos encontrarán una misma exigencia. Deberán seguir estudiando. Los conocimientos adquiridos son vastos y sólidos, pero no son sino una buena base que les permitirá su ampliación constante, ahondando los ya poseídos e incorporando otros nuevos. Ustedes lo saben bien: el mundo de la política es complejo y si se mantiene en su esencia, cambia en sus determinaciones históricas, a veces aceleradamente, como sucede en nuestro tiempo. La actualización permanente del saber es así imperativa. Es más, hoy, los estudios de grado resultan insuficientes. El nuevo plan de estudios de la Escuela así lo admite, diseñando las carreras en función de futuros estudios de post grado, que, por otra parte, constituyen antecedentes imprescindibles en la comunidad académica y en muchos ámbitos profesionales. Quedan así convocados a esta nueva tarea. Por supuesto, cuentan con lo que todavía podamos brindarles quienes fuimos sus profesores, así como con el doctorado existente y las maestrías y cursos que seguramente se dictarán en la Escuela.

Deberán seguir estudiando. Y al mismo tiempo, deberán actuar. Según las condiciones, elecciones y oportunidades de cada uno, lo harán desde la militancia política, el ejercicio de la función pública en sus diversos ámbitos y niveles, el periodismo, el asesoramiento, la empresa y el tercer sector, la investigación y la cátedra. En fin, en esa pluralidad de campos desde los cuales es posible participar en la vida política, objeto de sus intereses más caros y para lo cual se han preparado estos años.

Lo acabo de decir. La política permanece en su esencia pero muta en sus formas históricas y hoy, a poco de iniciado el tercer milenio, esas mutaciones se muestran particularmente acen-

tuadas. No puedo detenerme en esto, pero la magnitud del fenómeno se advierte a poco que evoquemos la crisis cosmovisional propia de estos tiempos post-modernos, en los que coexisten disparejas culturas y sub-culturas, opiniones y preferencias en torno a temas fundamentales de la vida, sin referentes comunes que las aúnen, así como la crisis de los estados nacionales soberanos paralela a la formación de nuevos escenarios con problemas, actores, hegemonías, conflictos y respuestas globalizadas.

En este nuestro mundo de hoy, cambiante, vertiginoso, sorprendente, es preciso pues repensar, definir e instrumentar un proyecto sugestivo de vida en común, para emplear la feliz formulación de Ortega. Un proyecto que responda a las exigencias básicas de una buena vida humana, pero adecuado a los tiempos que corren. Y esta tarea, esta compleja y apasionante tarea, es tarea política, política arquitectónica, a la que ustedes están llamados a contribuir.

Y como este acto tiene algo de despedida, permítanme dos palabras sobre algunos temas vistos muchas veces, bien conocidos por ustedes pero que me parece oportuno recordar en esta ocasión.

En primer lugar, quiero insistirles sobre la importancia de la historia, esa historia que recorrimos juntos con muchos de ustedes allá lejos y hace tiempo, cuando recién comenzaban sus estudios. Mil veces me habrán escuchado. La comprensión acabada del presente político -conductas, instituciones, ideas- no es posible sin el conocimiento de la historia. *Magistra vitae*, como enseñaba Cicerón, la historia amplía además el campo de la experiencia y enriquece así la memoria y la inteligencia como partes integrales de la prudencia que es, a su vez, condición indispensable del buen obrar político.

Sin embargo, no es por esto la insistencia, ya que lo descuento bien sabido. Inquieta, en cambio, la creciente desvalorización de las raíces cristianas de nuestra cultura, manifestada en distintas formas y tendencias, por ejemplo, en la licua-

ción de los estudios de los períodos históricos en que se desarrollaron, y recientemente, en otro plano, en la decisión sobre la próxima constitución de la Unión Europea, eliminando toda referencia a esas raíces, con falsificación del pasado y prejuiciosa prevención hacia los valores cristianos. El Papa Juan Pablo II ha llamado la atención sobre ello. Y la cuestión no es menor para nosotros, por cierto, pues sin perjuicio de la justa autonomía del orden temporal, la consecuente laicidad del Estado y las legítimas exigencias de la sociedad pluralista en que vivimos, difícilmente podrá elaborarse en occidente un proyecto político verdaderamente humano sobre la base del olvido o el rechazo de toda inspiración cristiana. En suma, los invito a mantener viva la memoria histórica, particularmente en este punto, preservando de tal modo esa valiosísima herencia, que es nuestra herencia. Sin duda, así enriquecerán las contribuciones que realicen.

En segundo lugar, quiero insistirles en un tópico central en la formación que han recibido: la importancia del bien común, causa final de la vida política.

Más allá de explicables rechazos que puedan haber sentido ante la reiteración machacona del tema o ante presentaciones ideologizadas del mismo, que no faltan, no olviden nunca que en última instancia ese bien común es la meta que explica y da razón de ser a la política, tornándola humana. Porque solo a través del bien común es posible la realización de la persona. Me refiero al “conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección”, como suele caracterizarlo el magisterio de la Iglesia (C.I.C., n° 1906).

La política no es entonces solo lucha por la conquista y el mantenimiento del poder y empeño por dar un determinado orden a la vida social en su conjunto. Es técnica y arte, pero al mismo tiempo es ética, búsqueda del bien humano en el marco del bien común.

Y como es propio de la vida moral, pero especialmente en

la política, esa búsqueda está poblada de obstáculos. El bien es arduo, decían los griegos, y ello es manifiesto tratándose del bien común político.

Es arduo el discernimiento sobre el bien común posible en cada lugar y cada momento, así como la concepción de un proyecto político que lo concrete definiendo prioridades, políticas, instrumentos y recursos y cuente además con apoyos necesarios. Cada época presenta en esto sus propias dificultades; y en mi opinión, una no menor que ofrece la nuestra reside en cómo preservar en ese proyecto el núcleo esencial del bien común, enraizado en la propia naturaleza humana, en medio de la sociedad marcadamente relativista e individualista en la que vivimos.

Es más, aun encontrado el camino hacia el bien común, es arduo también el recorrido. Pues la corrupción es constante en la política. Platón puntualizó con rasgos notables la facilidad con que los hombres y los sistemas se degradan en su progresivo alejamiento la justicia que debe gobernar la ciudad. Y Aristóteles centró el problema cuando, al clasificar las formas de gobierno en puras e impuras según primara en ellas el bien común o el bien particular, advirtió que el nudo de la corrupción política consiste precisamente en la sustitución del bien común por el bien particular. Contra esto, entonces, tendrán que luchar en forma permanente, a fin de que el contenido de los proyectos que se propongan no desvirtúe la esencia del bien común, y para que los medios que se utilicen preserven su intrínseca moralidad y no lo comprometan.

Es preciso reconocer que la convivencia entre la ética y la política no es sencilla. Pero no es posible renunciar a ninguna. Por el contrario, es preciso hacerse cargo de las exigencias que ambas plantean, y si no cabe banalizar la relación, ella tampoco está signada por la tragedia. Como lo sostuvo José Luís Aranguren, es una relación dramática, que entraña conflicto y lucha permanente y en la cual, si bien el triunfo nunca está asegurado, es factible. Es factible y debe buscarse diariamente

pues de ello depende la realización del bien común.

En esta ordenación al bien común reside la dignidad de la política, mediación difícil pero necesaria para lograrlo en los espacios que se ofrezcan históricamente, hoy nacionales, regionales y mundiales.

Y llegado a este punto, no resisto la tentación de recordar un célebre texto de Cicerón que ustedes leyeron en su momento. Me refiero al sueño de Escipión relatado en el último libro de La República: **“No obstante, Africano, para que puedas ser más diligente en la defensa de la república, ten por bien sabido esto: todos los que han preservado, ayudado o agrandado su patria tienen preparado un lugar especial para ellos en los cielos, donde pueden gozar de una eterna vida de felicidad. Pues de todo lo que se hace sobre la tierra, nada más agradable a ese Dios supremo que rige todo el universo que las asambleas y reuniones de los hombres asociados en la justicia, llamadas ciudades o estados”** (Cap. 13). Magnífica intuición sobre la grandeza de la política, reiterada en clave cristiana por Santo Tomás de Aquino en el opúsculo Sobre el gobierno de los príncipes: **“quienes han desempeñado laudamente su oficio real con dignidad, obtendrán un grado eminente en la felicidad del cielo”** (L° I, cap. IX).

Por su propia índole, los valores rompen nuestra indiferencia, atraen, comprometen. Si es genuina, la vivencia de esos valores transforma a quienes la experimentan. Y la experiencia política no es ajena a ese fenómeno, porque la intrínseca nobleza que ella encierra en virtud de su cometido, el bien común, es capaz de transformar el poder en servicio.

Para quienes comprenden esto desde la fe, saben que ese servicio al bien común es un modo privilegiado a través del cual el laico puede cumplir su misión en el mundo, como es propio de la índole secular de su vocación, contribuyendo así al desarrollo y restauración del orden natural puesto por Dios en la vida del hombre, incluyendo la vida política, y a su elevación mediante la inspiración cristiana que pueda insuflarle.

Compromiso que, reconocido este fundamento, deviene irrenunciable.

Cualesquiera que sean los campos en los cuales ustedes actúen, los aliento pues a mantener alta la mirada, a no conformarse con una visión mezquina de la política, ciega a lo que es su razón de ser más profunda y causa de su dignidad, el bien común, y a no bajar la guardia en este empeño, manteniendo viva la vocación nacida en ustedes cuando eligieron la carrera que acaban de concluir.

Cito a Antonio Machado:

**En el corazón tenía  
la espina de una pasión,  
logré agrancarmela un día,  
ya no siento el corazón...**

Y termina el poeta:

**aguda espina dorada,  
quién te pudiera tener  
en el corazón clavada.**

Ojalá...ojalá que las espinas que encuentren en la vida política no los lleven a dejar morir en ustedes la pasión por el bien común. Si la alimentan, les seguirá palpitando el corazón...

Eso esperamos. Ni más ni menos. Para ello cuentan con el empuje de la juventud, con sus talentos y con la formación que han recibido. Y si lo piden, también tendrán la ayuda del Señor.

Felicitaciones, y les deseamos lo mejor.